



Domingo Ynduráin

DOMINGO YNDURÁIN, EN EL RECUERDO

Iniciamos hoy, bajo el patrocinio de la Institución «Fernando el Católico», el Gobierno de Aragón y el Instituto de Estudios Altoaragoneses, como parte del Proyecto «Baltasar Gracián: Crítica Textual y Estudios Filológicos e Históricos», del Ministerio de Educación y Ciencia, unas Jornadas sobre *Mecenazgo y Humanidades en tiempos de Lastanosa*. Sirvan estas de adelanto a la celebración del IV Centenario del nacimiento de don Vincencio Juan de Lastanosa que tendrá lugar en Zaragoza y Huesca a lo largo de 2007.

No es nuestra intención trazar la biografía del prócer oscense, cuya casa-museo visitaran ilustres viajeros y cuya figura inmortalizara Gracián en la portada de sus libros y en *El Criticón*. En este sentido, y más allá de cualquier panegírico, pretendemos tan solo ofrecer, a la comunidad universitaria y a los gustosos de la buena erudición, unos días de intercambio científico sobre la idea de mecenazgo en el Siglo de Oro, a la luz del variado y rico arco de las Humanidades, sin olvidar los fundamentos clásicos y la proyección que el asunto alcanza en nuestros días. Dado el peso de los prestigiosos nombres que concurren en el programa, me limitaré a agradecer a todos los participantes su generosa colaboración, especialmente al maestro de maestros, don Francisco Rodríguez Adrados, que hablará, en nombre de la Real Academia Española, sobre la presencia en ella de Domingo Ynduráin. Gracias extensibles a las instituciones que han propiciado este encuentro y, en particular, a su coordinador, el profesor José Enrique Laplana, así como a los estudiantes que, un año más, han depositado en nosotros su confianza.

Si en convocatorias anteriores rendimos, desde la Cátedra «Baltasar Gracián», un modesto homenaje a dos queridos maestros ya desaparecidos, Fernando Lázaro Carreter y José Manuel Bleuca Teijeiro, lo hacemos ahora a la memoria de Domingo Ynduráin, colega y amigo que nos dejó a edad temprana, hace apenas tres años. Nacido en Zaragoza en 1943, aquí vivió su infancia y juven-

tud, siendo alumno del Instituto Goya y luego de los cursos comunes en la Facultad de Filosofía y Letras, donde su padre, Francisco Ynduráin, era catedrático de Literatura Española.

Trasladada la familia a Madrid, Domingo Ynduráin se licenció en Filología Románica, por la Universidad Complutense en 1964, siendo más tarde Lector de Español en la Universidad de Zurich y profesor de las Universidades de Lausana y Lovaina. De regreso a Madrid en 1972, fue Ayudante en la Universidad Autónoma y posteriormente Profesor Agregado en la Complutense, pasando a ocupar la cátedra de la misma Universidad Autónoma en 1982, donde permaneció a lo largo de veintiún años enseñando Literatura Española, salvo un curso como profesor visitante en la University of Southern California.

Vicerrector de Humanidades y Cursos de Extranjeros, así como Secretario General de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo entre 1984 y 1991, Domingo Ynduráin fue además miembro del Consejo de Universidades. Entre sus méritos, cabe recordar su labor como conferenciante en universidades e instituciones de reconocido prestigio, así como su labor editorial en calidad de consejero de Ediciones Cátedra y de director literario en la Biblioteca Castro. El 20 de abril de 1997 leyó su discurso de entrada en la Real Academia Española, de la que fue nombrado Secretario en 1999.

Como profesor universitario, compaginó siempre, en indisoluble lazo, la docencia con la investigación, mostrando un amplio interés por los más variados asuntos de la Literatura Española. Un libro reciente, *Estudios sobre Renacimiento y Barroco* (Madrid, Cátedra, 2006), publicado gracias a la generosa vigilancia de cinco alumnos suyos de la Universidad Autónoma, es una buena muestra del afecto que estos le tenían y de los frutos de su labor investigadora. A través de trece estudios, que abarcan desde finales del siglo xv al xvii, Ynduráin analizó *La Celestina*, el *Lazarillo*, la obra de Cervantes, el teatro de Lope y Calderón, las cartas en prosa, los diálogos renacentistas y otros temas, como el cuento risible, aportando evidentes novedades en sus planteamientos y en su visión crítica.

En ese volumen, se recoge además un trabajo que anticipó la que sería luego su obra más ambiciosa: *Humanismo y Renacimiento en España* (Madrid, Cátedra, 1994), aparecido en el primer número de *Edad de Oro*; revista que él fundara, junto a otros profesores de la Universidad Autónoma de Madrid, en 1981, y que ha pervivido hasta el día de hoy, recogiendo, año tras año, las Actas de los congresos allí celebrados. En dicho estudio, Ynduráin insistió en una idea, ya presente también en otro ensayo anterior, publicado en el volumen *La literatura en Aragón* (Zaragoza, Ibercaja, 1984), que trazaba la irresistible ascensión del castellano en el Renacimiento, al tratar de consagrarse, a todos los efectos, como lengua literaria equiparable a las lenguas clásicas. El asunto le obsesionó a lo largo de muchos años y culminó en el mencionado discurso de su entrada en la Academia sobre «El descubrimiento de la literatura en el Renacimiento español», donde además planteaba el juego entre norma

y transgresión, es decir, la dialéctica entre las reglas y la libertad interpretativa que, como en el caso de Cervantes, siempre ha sido patrimonio de los lectores. Allí, reinventando a Aristóteles, Ynduráin hablaba de una «poética de la inverosimilitud» creada por el autor del *Quijote*, con la que este se adelantó, en paralelo con Montaigne, a los presupuestos ulteriores de Nietzsche, Tolstoi, Dickens, Galdós y Valle Inclán, prosistas en los que la escritura se percibe ya como trasunto de la experiencia personal y en cuyos libros el creador aparece como sujeto mismo de la obra de arte.

Catedrático de Literatura Española, se especializó sobre todo en el Siglo de Oro, pero estudió en realidad todos los periodos, desde la Edad Media al siglo xx, combinando la historia de la literatura con la teoría literaria, la edición y la crítica textual. En sus trabajos y ediciones sobre el *Libro de Buen Amor*, o sobre las obras de Jerónimo de Urrea, San Juan de la Cruz, Quevedo, Cervantes, Espronceda, Zorrilla, Braulio Foz o la generación del 98, Ynduráin trazó, con el debido rigor, el camino de la literatura en el que todos los senderos se entrecruzan y donde los textos generan a su vez otros textos. De ahí que buscara siempre en ellos el debate entre tradición y originalidad, ubicando sus obras en el marco de las coordenadas históricas y sociales en las que surgieron.

Dedicado a la difícil tarea de reconstruir el amplio arco de la Historia de la Literatura Española desde la perspectiva de la cultura occidental, sus trabajos iban de lo particular a lo general, a través de un camino de ida y vuelta en el que los autores y los textos se incardinaban en corrientes y movimientos que a su vez se modificaban de nuevo. Sin abandonar nunca el placer prioritario del texto y buen conocedor de los fundamentos históricos y filológicos, él fue uno de los primeros que utilizó la sociología de la literatura con aplicación al análisis de las obras literarias, como muestran sus trabajos sobre *La vida es sueño* de Calderón de la Barca.

Domingo Ynduráin trató de buscar siempre nuevos caminos a la investigación, tanto desde el punto de vista de la metodología como del acopio de fuentes, que procuró fueran de primera mano, según prueba su singular lectura de las obras de San Juan de la Cruz. Como él mismo confesó en cierta ocasión, su investigación planteó «la relación conflictiva que se establece entre doctrina y experiencia, entre lo conocido y vivido directamente por el sujeto, frente a lo recibido como enseñanza de la autoridad competente: el juego entre la norma y la transgresión».

Aparte de sus afanes como investigador, su dedicación a la enseñanza y a la formación de alumnos fue continua, y se prolongó también a través de su presencia en organismos ministeriales y en su militancia en foros de opinión en los que manifestó la necesidad de que la familia y las instituciones públicas se preocuparan más por las cuestiones educativas. La Fundación para la Modernización de España, integrada por relevantes personalidades de la cultura, y de la que él formó parte, insistió, a través de un manifiesto, en la necesi-

dad –tan acuciante, por otro lado, en nuestros días– de que la prensa, la radio y la televisión asumiesen un papel formativo ofreciendo planteamientos y programas adecuados. Ynduráin sentía además, como algo crucial en tal proceso, que se debía ahondar en la participación de la familia y en una inversión financiera que permitiera a los centros impulsar los progresos educativos, con objeto de mejorar el nivel de los conocimientos y crear un clima positivo de estudio, que tuviera además en cuenta la diversidad de los alumnos.

En esta breve semblanza, no desearía olvidar al incansable lector que fue Domingo Ynduráin hasta sus últimos días, ni su vida con y para los textos, más allá de la cronología y de las lenguas mismas en las que surgieran. Su inquietud metodológica y su afán de leer y de saber tenían su fundamento en los clásicos grecolatinos, pero se extendían en un arco amplísimo, que abarcaba desde Berceo a Galdós y Miguel Mihura, o desde Aristóteles y los Padres de la Iglesia al cante jondo. Pasión literaria que le venía de cuna y que él trató de alimentar día a día, procurando ir siempre a su aire y por senderos no frecuentados. Conversador irónico y lúcido, con afiladas armas dialécticas, Domingo Ynduráin, amigo de sus amigos, fue todo un señor, que supo librar con discreción y elegancia su última batalla.

Con el pudor que el caso requiere (pues a él no le gustaba exteriorizar ciertas cosas más allá del círculo familiar), también habría que hablar del buen hijo, esposo y padre que fue Domingo Ynduráin, quien entendió además la pertenencia a la república de las letras como parte de la militancia debida del ciudadano. Y en este sentido, me gustaría recordar también –como un rasgo que creo caracteriza su personalidad– aquel momento de un verano santanderino en el que rescató, arriesgando su vida, a un niño perdido entre los escollos de la bahía, mientras las fuerzas vivas no encontraban un camino tortuoso, que, sin embargo, Domingo conocía muy bien desde sus veraneos juveniles en el Palacio de la Magdalena.

Junto a Eugenio Asensio, Juan Manuel Rozas, Francisco Rico, Alberto Blecua, Antonio Saura o José Hierro, disfrutamos con él horas felices de comentarios, discusiones literarias y buen humor. Queden esos días de gozo compartido por la literatura para el recuerdo, que permanecerá siempre vivo en nosotros, como las páginas que escribió. A Domingo Ynduráin ofrecemos –con el afecto a su querida familia, hoy representada en este acto por su hijo Carlos, y, en particular, a su esposa María Pardo de Santayana y Dubois– esta corona de trabajos humanísticos como discreto homenaje a su memoria.

Zaragoza, 13 de diciembre de 2006.

Aurora EGIDO

(Directora de la Cátedra «Baltasar Gracián»
de la Institución «Fernando el Católico»)